

XXIII

El señor de Aiguillón toma la revancha

A la mañana siguiente del día en que la terrible sentencia del parlamento puso en movimiento á París y Versalles, cuando todo el mundo aguardaba ansioso el resultado de aquella sentencia, el duque de Richelieu, que se había trasladado á Versalles y había vuelto á su vida regularmente irregular, vió entrar en su aposento á Rafté con una carta en la mano, que el buen secretario olía y pesaba con un aire de inquietud que se comunicó pronto á su amo.

— ¡Tenemos aun otra cosa, Rafté? preguntó el mariscal.

— Presumo que es alguna cosa poco agradable lo que contiene esta carta, monseñor.

— ¡Y por qué lo presumes?

— Porque es una carta del señor de Aiguillón.

— ¡Ah! ah! exclamó el duque, ¿de mi sobrino?

— Sí, señor mariscal. Al salir del consejo del rey, ha venido un ujier de cámara y me ha entregado este pliego para vos. Diez minutos hace que le estoy dando vueltas y revueltas, y no puedo menos de ver en él alguna mala noticia.

El duque alargó la mano, diciendo:

— Dámelo, que yo soy valiente.

— Os advierto, interrumpió Rafté; que al entregarme el pliego, el ujier se echó á reir á carcajadas.

— ¡Cáspita! eso sí que me inquieta. Sin embargo, dámelo.

— Y que añadió: El señor duque de Aiguillón encarga que se ponga inmediatamente en manos del señor mariscal este pliego.

— ¡Dolor, no se dirá que tú me haces mella! exclamó el mariscal rompiendo el sello con mano firme, y leyó:

— ¡Hola! ¡hola! parece que hacéis muecas, dijo Rafté con las manos detrás de la espalda, como buen observador.

— ¡Es posible! murmuró Richelieu continuando su lectura.

— ¿Parece que es serio?

— Se diría que te alegras.

— Sin duda, porque veo que no me he engañado. El mariscal siguió leyendo.

— El rey es muy bueno, dijo al cabo de un instante.

— ¿Nombra ministro al señor de Aiguillón?

— Más aún.

— ¡Oh! ¡oh! ¿pues qué le nombra?

— Lee, y luego comenta.

Rafté leyó á su vez el billete, que estaba escrito de puño y letra de Aiguillón y contenía lo siguiente:

« Mi querido tío: vuestro consejo ha surtido buen efecto: he confiado mis pesares á la excelente amiga de nuestra casa, la señora condesa Dubarry, que se ha dignado depositar mi confianza en el seno de Su Majestad. El rey se ha indignado de la violencia que contra mí cometen los señores del parlamento, cuando tan fielmente me he consagrado á su servicio, y en su consejo de este día S. M. ha anulado la sentencia del parlamento, y me manda continuar en mis funciones de par de Francia.

» Como me consta, mi querido tío, el sumo placer que esta noticia ha de causaros, os envío copia literal de la decisión de S. M., copia que he mandado sacar á un secretario, para que tengáis conocimiento de ésta antes que ningún otro de este mundo.

» Contad, mi querido tío, con mi tierno respeto, y dignaos continuarme vuestros favores y buenos consejos.

» DUQUE DE AIGUILLÓN. »

— ¡ Se burla de mí por añadidura ! exclamó Riche-lieu.

— También lo creo así, monseñor.

— ¡ El rey se mete en el avispero !

— Ayer no lo queríais creer.

— No he dicho que no se metería, señor Rafté, lo que he dicho fué que ya sabría salir de él... Y ya ves que sale.

— El hecho es que el parlamento ha sido derrotado.

— Y yo también.

— Por el momento, sí.

— ¡ Para siempre ! Bien lo presentía ayer, pero tú me consolaste tanto, que no podían menos de sucederme cosas desagradables.

— Monseñor, me parece que os desanimáis demasiado pronto.

— Señor Rafté, sois un tonto. Estoy derrotado y pagaré la culpa. Quizás no comprendéis lo mucho que me desagrada el ser el objeto de risa de Luciennes. Á estas horas el duque se está burlando de mí en los brazos de madama Dubarry, la señorita Chon y Juan Dubarry me ponen como ropa de Pascua, y el negrillo se está dando una panzada de confites, haciéndome mil muecas. ¡ Voto á bríos, que á pesar de mi buen carácter eso me saca de mis casillas !

— ¡ Os saca de vuestras casillas, monseñor ?

— Sí, de mis casillas.

— Entonces no debisteis hacer lo que hicisteis, replicó Rafté filosóficamente.

— Vos me habéis arrastrado á hacerlo, señor secretario.

— ¡ Yo ?

— Sí, vos.

— ¡ Queréis decirme, monseñor, qué me importa á mí que el señor de Aiguillon sea ó no par de Francia ? Creo que vuestro sobrino no me hace ningún agravio.

— Sois un hombre impertinente, señor Rafté.

— Ya hace cuarenta y nueve años que me lo estáis diciendo, monseñor.

— Y os lo repetiré siempre.

— Lo que me tranquiliza es que no me lo diréis otros cuarenta y nueve años.

— ¡ Buen modo tenéis de mirar por mis intereses, señor Rafté !

— Nunca miraré, señor duque, por los que atañen á vuestras pasioncillas... Á pesar de todo vuestro talento, cometéis necedades que yo no perdonaría ni á un rústico como yo.

— Explicaos, señor Rafté, y si no tengo razón lo confesaré.

— Ayer necesitabais vengaros, ¿ no es verdad ? queríais ver humillado á vuestro sobrino, queríais llevar en cierto modo la sentencia del parlamento y contar los latidos del corazón de vuestra víctima, como dice el señor de Crebillón hijo. Pues bien, señor mariscal, esos espectáculos se pagan caros ; esas satisfacciones cuestan mucho... Vos sois rico ; ¡ pagad pues, señor mariscal, pagad !

— Vos que sois tan discreto, ¿ qué hubierais hecho en mi lugar ?

— Nada... hubiera esperado sin dar señales de vida ; pero rabiabais por oponer el parlamento á la Dubarry, desde el momento en que á ésta le pareció el señor de Aiguillon más joven que vos.

El mariscal contestó con un gruñido.

— Pues bien, prosiguió Rafté, bastante hacéis con excitar al parlamento á que obrara como ha obrado ; pero una vez dictada la sentencia, debisteis ofrecer vuestros servicios al sobrino, quien de ese modo nada hubiera sospechado.

— Todo eso es muy bueno, pero suponiendo que me haya equivocado, vos habéis debido advertírmelo.

— ¡ Yo impedir que se hiciera daño !... ¿ Por quién me tomáis, señor mariscal ? Á todo yente y viniente repetís que soy hechura vuestra, que me habéis enseñado, ¡ y queréis que no me alegrara de ver que se había hecho una tontería ó que había sucedido una desgracia !.....

— ¿ Y sucederá una desgracia, señor adivino ?

— De seguro.

— ¿Cuál ?

— Que vos os obstinaréis, y que unido el señor de Aiguillon con la Dubarry, el día que caiga el parlamento será ministro y vos iréis desterrado... ó á la Bastilla.

Furioso el mariscal derramó en la alfombra todo el tabaco que tenía en la caja.

— ¡ Conque á la Bastilla ! dijo encogiéndose de hombros ; ¿ Luis XV es acaso Luis XIV ?

— No : pero la Dubarry, con el refuerzo del señor de Aiguillon, valdrá tanto como la señora de Maintenon. Mirad lo que hacéis, porque no sé de ninguna princesa que vaya como antaño á llevaros á la prisión confites y los despojos de una ave.

— ¡ Estos sí que son pronósticos ! replicó el maris-

cal al cabo de un gran rato de silencio. Sin duda leéis en el libro de lo futuro ; ¿ pero queréis hablarme de lo presente ?

— Vos, señor mariscal, tenéis demasiada prudencia para que necesitéis consejos de nadie.

— Decidme, seo tunante, ¿ vais también á burlaros de mí ?.....

— Tened presente, señor mariscal, que confundís las fechas ; no se llama tunante á un hombre que ha pasado de los cuarenta años, y yo tengo ya sesenta y siete.....

— No importa... sacame del apuro... ¡ y pronto !... ¡ pronto !

— ¿ Por medio de un consejo ?

— Por el medio que quieras.

— No es tiempo aún.

— Está visto que te chanceas.

— ¡ Ojalá !... si me chanceara, sería porque las circunstancias lo mereciesen... y desgraciadamente no es así.

— ¿ Y por qué no es tiempo ?

— Os aseguro, monseñor, que no lo es. Si el decreto del rey hubiese llegado á Paris, no digo que no... ¿ queréis que enviemos un correo al señor presidente Aligre ?

— Para que se burlen más pronto de nosotros...

— ¡ Qué amor propio tan ridiculo tenéis, señor mariscal ! Sois capaz de aburrir á un santo... Mirad, dejadme que acabe mi plan de desembarco en Inglaterra, y acabad de anegaros en vuestra intriga de cartera, puesto que la tarea está ya medio hecha.

El mariscal conocía perfectamente el mal humor del señor Rafté, y sabía que si le acometía la melancolía, no era posible sacar á su secretario una palabra ni con pinzas. Así le dijo :

— Vamos, no te enfades, y si ves que no comprendo, haz que comprenda.

— ¿Queréis, monseñor, que os trace un plan de conducta?

— Ciertamente, supuesto que crees que yo no sé gobernarme por mi.

— Escuchadme, pues.

— Ya te escucho.

— Enviaréis al señor de Aligre, dijo Rafté en tono áspero, la carta del señor de Aiguillon, con el decreto que el rey ha dado en consejo; esperaréis á que el parlamento se reuna y delibere, lo cual sucederá inmediatamente, y en seguida subiréis á vuestra carroza, é iréis á hacer una visita corta á vuestro procurador maese Flageot.

— ¡De veras! exclamó Richelieu, á quien este nombre hizo dar un brinco lo mismo que la víspera. ¡Vuelta con maese Flageot! ¿qué diablos tiene que ver en esto maese Flageot, y qué voy á hacer yo en casa de un hombre que se llama maese Flageot?

— Ya he tenido la honra de deciros, monseñor, que maese Flageot es vuestro procurador.

— Y bien ¿qué?

— ¿Qué? Que siendo como es vuestro procurador, tiene unos legajos vuestros... unos pleitos de cualquier clase que sean... id á preguntarle en qué estado se hallan vuestros pleitos.

— ¿Mañana?

— Sí, señor mariscal, mañana.

— Pero eso es de vuestra incumbencia, señor Rafté.

— No, no... eso era bueno cuando maese Flageot era un simple emborrador de papel, entonces yo podía tratar con él de igual á igual; pero como desde mañana será maese Flageot un Atila, un azote de los

reyes, ni más ni menos, se necesita un duque, un par, un mariscal de Francia que conferencie con él.

— ¿Todo eso es formal ó estamos ejecutando un papel de comedia?

— Mañana veréis si es serio, monseñor.

— Pero dime que es lo que va á sucederme en casa de tu maldito maese Flageot.

— Lo siento mucho... pero mañana querriais probarme que lo habiais adivinado de antemano... Buenas noches, señor mariscal, y acordaos de lo que os he dicho, á saber: que enviéis un correo al señor de Aligre, y que mañana hagáis una visita á maese Flageot... ¡Ah! se me olvidaban las señas... pero el cochero las sabe, porque me ha conducido á su casa muchas veces de ocho días á esta parte.

XXIV

En que el lector hallará á uno de sus antiguos conocidos que creta perdido y á quien quizá no echaba de menos

Sin duda me preguntará el lector porqué maese Flageot, que tan majestuoso papel va á hacer, se llamaba procurador en vez de abogado; y como el lector tiene razón, vamos á satisfacer su pregunta.

De algún tiempo á aquella parte menudeaban las vacaciones en el parlamento, y los abogados hacían tan pocas defensas orales, que no merecían la pena de ocuparse de ellos.

Previendo maese Flageot que llegaría tiempo en que no se haría ninguna defensa judicial, entró en arreglo con el procurador maese Guillón, el cual le traspasó su oficio y clientela por veinticinco mil libras, con lo cual se halló de procurador maese Flageot. Ahora, si se nos pregunta cómo pagó las veinticinco mil libras, responderemos que casándose con Margarita, la cual heredó esa suma hacia fines de 1770, tres meses antes del destierro del señor de Choiseul.

Hacia tiempo que maese Flageot se había señalado por su constancia en sostener el partido de la oposición; pero así que se hizo procurador, redobló aun su violencia, y esto le granjeó alguna celebridad, la cual, unida á la publicación de una Memoria incendiaria sobre el conflicto del señor de Aiguillon con el señor de La Chalotais, le atrajo la atención de Rafté, que

tenía necesidad de estar al corriente de los negocios del parlamento.

Pero á pesar de su celebridad y de su creciente importancia, maese Flageot no abandonó la calle del Pequeño-Leon-San-Salvador, porque habría sido muy cruel para Margarita el no oír á sus vecinas llamarla madama Flageot, y no verse respetada por los amanuenses de maese Guillón que habían pasado á servir al nuevo procurador.

No necesitamos decir lo que sufría el señor de Richelieu al atravesar á París, al París nauseabundo de aquella zona, para llegar al hediondo callejón decorado con el nombre de calle por los ediles parisienses.

Delante de la puerta de maese Flageot, fué detenida la carroza del señor de Richelieu por otra que también se paraba en el mismo punto.

El mariscal percibió el tocado de una mujer que se apeaba de aquella carroza, y como sus setenta y cinco años no le habían hecho desistir de sus galanterías, se apresuró á hundir sus pies en el negro fango, para dar la mano á aquella dama que se apeaba sola.

Pero aquel día estaba el mariscal de desgracia, pues conoció que aquella mujer era una vieja, al verla sentar en el estribo una pierna seca y arrugada. Un rostro también arrugado, curtido bajo una línea de encarnado, acabó de probarle que aquella mujer no sólo era vieja, sino decrepita.

El mariscal, sin embargo, no podía retroceder; había hecho un movimiento, y este movimiento había sido visto, además de que Richelieu tampoco era joven. Entretanto la pleitista, porque ¿qué mujer de coche hubiera ido á aquella calle á no ser una pleitista? la pleitista, decimos, no imitó la indecisión del

duque, sino que apoyó con una horrible sonrisa su mano en la de Richelieu.

— Yo he visto esta cara en alguna parte, dijo el mariscal en voz baja.

Y en alta voz:

— ¿Subís también, señora, á casa de maese Fla-geot?

— Sí, señor duque, contestó la vieja.

— ¡Oh! tengo la honra de que me conozcáis, dijo el duque no muy contento, parándose en el umbral del oscuro pasadizo.

— ¿Quién no conoce al señor de Richelieu? le respondió; sería necesario para ello no ser mujer.

— ¡Pues no cree esta momia que es mujer! murmuró el vencedor de Mahón.

Y la saludó con suma gracia, añadiendo:

— No sé si me atreva á preguntar con quién tengo el honor de hablar.

— Soy la condesa de Bearn, servidora vuestra, respondió la vieja haciendo una reverencia de corte sobre el fangoso entarimado del pasadizo á tres pulgadas de distancia de la trampa de una cueva que estaba abierta, y por donde el maligno mariscal esperaba verla desaparecer á manera de escotillón.

— Me alegro mucho, señora, dijo, y doy mil gracias á la casualidad que me ha deparado el gusto de veros: ¿conque también tenéis pleitos, señora condesa?

— Solo tengo uno, señor conde; ¡pero qué pleito! ¡Mucho es que vos no habéis oído hablar de él!

— ¡Ah! sí, ese gran pleito... es verdad; no sé cómo diablos se me había olvidado.

— Contra los Saluzes.

— Sí, contra los Saluzes; ese pleito que ha dado lugar á una canción.

— ¿Una canción, dijo la vieja picada, ¿y qué canción es?

— Cuidado, señora, que hay aquí un montón de escombros, dijo el duque viendo que la vieja no se hundía en el agujero; apoyaos en el pasamano... es decir, en la cuerda.

La vieja subió los primeros escalones, y el duque la siguió.

— Sí, una canción bastante chusca, dijo.

— ¿Una canción bastante chusca acerca de mi pleito?

— Vais á verlo... ¿pero vos debéis conocerla?...

— ¡Yo en manera alguna!

— Tiene la misma música que la *Borbonesa* y dice:

Mi señora condesa,
cumplidme la promesa
que hicisteis tiempo ha.

Tened presente que la Dubarry es quien habla.

— Esa es una impertinencia que no merece...

— ¡Qué queréis! los cancioneros nada respetan... ¡Dios mío, qué grasienta está esta cuerda!... Vos le contestáis:

Soy vieja y testaruda;
señora, dadme ayuda,
y ganaré quizá.

— Caballero, ¡eso es atroz! exclamó la condesa, y á una mujer de mi calidad no se la ultraja de ese modo.

— Dispensadme, señora, si he dado una nota en falso, porque esta escalera me sofoca... ¡Ay! ya estamos arriba, permitidme que llame.

La vieja dejó pasar gruñendo al duque.

El mariscal tiró del cordón de la campanilla, y la señora de Flageot, que no por haber llegado á ser procuradora había dejado de ser portera y cocinera, fué á abrir la puerta.

Los dos litigantes fueron introducidos en el gabinete de maese Flageot, donde se encontraron con un hombre furioso, que con la pluma en la boca se estaba rompiendo la cabeza en dictar un alegato terrible á su primer pasante.

— ¿Qué hay de nuevo, maese Flageot? exclamó la condesa, á cuya voz se volvió el procurador.

— ¡Ah! señora, servidor vuestro de todo corazón: un asiento para la señora condesa de Bearn. ¿Este caballero viene con vos, señora?... Pero si no me engaño es el señor duque de Richelieu; ¡el señor mariscal en mi casa!... Otra silla, Bernadet, trae otra silla.

— ¿En qué estado está mi pleito, maese Flageot? dijo la condesa.

— ¡Ah! señora, justamente me ocupaba de vos.

— Muy bien, maese Flageot, muy bien.

— Y de un modo, señora condesa, que espero ha de hacer ruido.

— Cuidado con.....

— ¡Oh! señora, no hay que andarse con contemplaciones....

— Si os ocupáis de mí podéis dar audiencia al señor de Richelieu.

— Dispensadme, señor duque, dijo maese Flageot; pero sois demasiado galante para que no me comprendáis.....

— Comprendo, maese Flageot, comprendo.

— Ahora soy vuestro.

— No tengáis cuidado, que no abusaré: ¡ya sabréis lo que me trae aquí!

— Los sacos que el señor Rafté me entregó el otro día.

— Los cuales contenían algunas piezas relativas á mi pleito de... á mi pleito sobre... ¡qué diablos! vos debéis saber el pleito á que me refiero, maese Flageot.

— Sí, el pleito sobre la pertenencia de la hacienda de Chapenat.

— No digo que no; ¡y creéis que ganaré? porque sería una cosa graciosísima.

— Señor duque, ese es un negocio aplazado indefinidamente.

— ¡Bueno! ¡y por qué?

— Por lo menos no se verá antes de un año.

— La razón, si lo tenéis á bien.

— ¿Qué más razón que las circunstancias, señor duque, las circunstancias? ¡sabéis el decreto que ha dado S. M.?

— Creo que sí. ¿Pero cuál es? porque S. M. da muchos.

— El que anula el nuestro.

— Muy bien, ¡y qué más?

— Pues bien, señor duque, responderemos á él quemando la escuadra.

— ¿Quemando la escuadra, querido? ¿Quemaréis la escuadra del parlamento? He aquí una cosa que no veo clara: y hasta ignoraba que el parlamento tuviese escuadra.

— ¡Se niega quizá la primera sala á ver pleitos? preguntó la señora de Bearn, á quien no distraía en manera alguna del suyo el asunto del señor de Richelieu.

— Más que eso.

— ¿La segunda también?

— Eso no sería nada... Las dos salas han tomado la resolución de no ocuparse de ningún negocio hasta que el rey destituya al señor de Aiguillón.

- ¡ Bah ! exclamó el mariscal dando una palmada.
- De no ocuparse... ¿ De qué ? preguntó la condesa conmovida.
- ¿ De qué ha de ser, señora ? de los pleitos.
- ¡ Conque mi pleito no se sentencia ! exclamó la señora de Bearn con un terror que no trataba de disimular.
- Ni el vuestro, señora, ni el del señor duque.
- ¡ Pero eso es una iniquidad ! ¡ eso es rebelarse contra los mandatos de S. M. !
- Señora, replicó el procurador majestuosamente, el rey se ha excedido... y nosotros nos excedemos también.
- Señor Flageot, vais á conseguir que os lleven á la Bastilla, yo soy quien os lo dice.
- Iré á ella cantando, señora ; y si voy, todos mis colegas me seguirán con palmas.
- ¡ Está furioso ! dijo la condesa á Richelieu.
- Todos estamos lo mismo, replicó el procurador.
- ¡ Oh ! ¡ oh ! saltó el mariscal, esto se va haciendo curioso.
- ¿ Pero no me dijisteis hace poco que os ocupabais de mí ? repuso la condesa.
- Lo he dicho y es cierto... Vos sois, señora, el primer ejemplo que cito en mi narración, y aquí tenéis el párrafo que os concierne.
- Arrancó el *alegato* empezado de manos de su pasante, acomodóse las antiparras, y leyó en tono enfático lo que sigue ;
- « Perdida su profesión, comprometido su caudal, hollados sus deberes... S. M. comprenderá cuánto han debido sufrir... Así el exponente corría con un asunto importante de que depende la fortuna de una de las primeras familias del reino ; merced á su afanosa solitud, á su industria y á su talento, se atreve á decir

que el indicado asunto marchaba bien, y el derecho de la muy alta y poderosa señora Angelica Carlota Verónica, condesa de Bearn, iba á ser reconocido y proclamado cuando, colándose el soplo de la discordia.... »

Aquí llegaba, señora, dijo el procurador con aire satisfecho, y creo que la figura será hermosa.

— Señor Flageot, dijo la condesa de Bearn, hace cuarenta años que hice oficial por primera vez á vuestro señor padre, hombre digno si los hubo ; después he seguido favoreciéndoos con mi clientela, de modo que habéis ganado diez ó doce mil libras con mis asuntos, y quizá hubieseis ganado todavía otras tantas.

— Escribid, escribid todo esto, dijo Flageot á su pasante, pues sirve de testimonio y es una prueba de lo que sostengo : se pondrá en la confirmación.

— Ahora bien, interrumpió la condesa, os retiro mis legajos, y desde este momento perdéis mi confianza.

Maese Flageot, como si le hubiera herido un rayo, se quedó estupefacto por un momento, pero levantándose después del golpe como un mártir que confiesa á su Dios, dijo :

— ¡ Corriente ! Bernadet, entregad los legajos á la señora, y consignad el hecho de que el exponente prefiere su conciencia al interés.

— Perdonadme, condesa, le dijo el mariscal al oído ; creo que no habéis reflexionado bien.

— ¿ Por qué, señor duque ?

— ¿ Qué vais á hacer con esos legajos que habéis quitado á un tan valiente protestante ?

— Llevarlos á otro procurador, á otro abogado, exclamó la condesa.

— ¡ Pero no conocéis, continuó el mariscal siempre hablándole al oído, que supuesto que se ha decidido que las salas no se ocupen de ningún asunto, otro

procurador hará con vuestro pleito lo mismo que maese Flageot ?

— Entonces ¿ es una liga la que han formado ?

— ¿ Creéis á maese Flageot tan tonto que haya ido á hacerse protestante de por sí para perder él solo su estudio, si sus colegas no debiesen obrar como él y apoyarle de consiguiente ?

— Pero vos, señor duque, ¿ qué vais á hacer ?

— Yo declaro que maese Flageot es un procurador honradísimo, y que mis legajos están en su casa tan bien como en la mía. En consecuencia los dejo en su poder, pagándole, por supuesto, como si continuara trabajando.

— ¡ Razón hay para decir, señor mariscal, que sois tan magnánimo como generoso ! exclamó maese Flageot; no dejaré de darlo á la fama, señor duque.

— Me honráis demasiado, señor procurador, respondió Richelieu inclinándose.

— Bernadet, dijo el procurador entusiasmado á su pasante, en la peroración insertareis el elogio del señor mariscal de Richelieu.

— ¡ No, no ! os lo suplico, maese Flageot, replicó vivamente el mariscal; ¡ qué vais á hacer, voto al diablo ! me gusta que lo que se llama una buena acción permanezca oculto... Así, pues, no me nombréis, señor Flageot, pues no transijo en asuntos de modestia, y os desmentiría. ¿ Qué decís de esto, condesa ?

— Lo que digo es que mi pleito será sentenciado... que necesito una sentencia y la obtendré.

— Y yo digo que si vuestro pleito se sentencia será porque el rey haya enviado al tribunal los suizos, la caballería ligera y veinte piezas de artillería, respondió maese Flageot con un aire belicoso que acabó de consternar á la pleitista condesa.

— Es decir, ¿ qué creéis que S. M. no puede salir

de este atolladero ? preguntó en voz baja Richelieu á Flageot.

— Es imposible, señor mariscal, porque es un caso nunca visto : el no haber justicia en Francia es lo mismo que si no hubiese pan.

— ¿ Lo creéis así ?

— Ya lo veréis.

— Pero el rey se enfadará.

— ¡ Estamos resueltos á todo !

— ¿ Aun á sufrir el destierro ?

— No digo el destierro sino la muerte, señor mariscal; debajo de la toga late un corazón como el de otro cualquiera.

Y maese Flageot se dió un fuerte golpe en el pecho.

— Efectivamente, dijo Richelieu á su compañera, creo que es un caso apurado para el ministerio.

— ¡ Oh, sí ! respondió la condesa al cabo de un gran rato de silencio, es muy triste para mí que yo que no me mezclo en nada de cuanto está sucediendo sufra las consecuencias de ese conflicto.

— Creo, señora, dijo el mariscal, que existe en el mundo una persona de valimiento que os prestará ayuda en este negocio... ¿ Pero querrá hacerlo esa persona ?

— Aunque sea curiosidad, ¿ cómo se llama esa persona, señor duque ?

— Hablo de vuestra ahijada.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ de la señora Dubarry ?

— De la misma.

— Efectivamente ; me alegro de que me hayáis sugerido esa idea.

El duque se mordió los labios, y dijo :

— ¿ Iríais á Luciennes ?

— Sin vacilar.

— Pero la condesa Dubarry no vencerá la oposición del parlamento.

— Le diré que quiero se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultas del servicio que le he prestado, dirá al rey que ese es su gusto. S. M. hablará al canciller, y ya sabéis, señor duque, que el brazo del canciller se extiende á larga distancia... Maese Flageot, hacedme el favor de estudiar bien mi pleito, porque entrará en turno más pronto que lo que creéis; yo os lo aseguro.

Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo variar de opinión á la condesa.

Durante este tiempo había reflexionado el duque, y dijo:

— Puesto que vais á Luciennes, señora, tened la bondad de hacer allí presentes mis respetos.

— Con mucho gusto, señor duque.

— Somos compañeros de infortunio, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mío; de suerte que lo que hagáis por vos lo hacéis por mí... Además, podéis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, añadiendo que yo soy quien os ha dado el consejo de que recurráis á la diosa de Luciennes.

— No dejaré de hacerlo, señor duque. Adiós, señores.

— Dispensadme la honra de aceptar mi mano para subir á la carroza. Adiós, maese Flageot, os dejo entregado á vuestras ocupaciones.

El mariscal acompañó á la condesa hasta el carruaje, y en seguida dijo:

— Rafté tenía razón; los Flageot van á hacer una revolución cuando, gracias á Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la Dubarry va á caer por engolfarse en la política; pero si resiste el golpe, en Trianón tengo una mina. Está visto que ese diablo de Rafté pertenece á mi escuela, y el día en que sea ministro será preciso nombrarle jefe de mi gabinete.

En que las cosas se enredan cada vez más

Madama de Bearn siguió al pie de la letra el consejo de Richelieu, y dos horas y media después que el duque la dejó, estaba ya haciendo antesala en Luciennes, en compañía de Zamora.

Como hacía ya algún tiempo que no se la había visto en casa de madama Dubarry, su presencia produjo un efecto de curiosidad en el retrete de la condesa, al anunciar su nombre.

El señor de Aiguillon no había perdido tampoco el tiempo, pues formaba sus complós con la favorita, cuando se presentó Chon á pedir audiencia para madama de Bearn.

El duque quería retirarse, pero le retuvo madama Dubarry diciéndole:

— Prefiero que os quedéis. En el caso de que mi vieja pedigüña venga á solicitar algún empréstito, me será muy útil vuestra presencia, porque de ese modo me pedirá menos.

Por consiguiente el duque se quedó.

Madama de Bearn, con un semblante adecuado á las circunstancias, tomó enfrente de la condesa el sillón que ésta le ofrecía, y después de sus respectivos cumplimientos:

— ¿Puedo saber á qué feliz casualidad debo vuestra visita? preguntó madama Dubarry.